

LA POESIA DE OSVALDO ORICO

por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

DESPUES de Rubén Darío, es Osvaldo Orico el segundo escritor «de fuera» que toma por asalto las letras castellanas, conquistando para su nombre un lugar bajo el cielo de España.

En el caso del autor de *Cantos de vida y esperanza* había una razón de orden geográfico justificando el hecho. Procedía él de la América española. Allí había nacido. Con la leche materna, la boca del indio chorotega aprendió a decir *Madre* en nuestra lengua. De él casi se podría escribir lo que Pérez Martínez dijo de Juárez: «Fué un indio zapoteca que vivió en castellano.»

El caso de Orico es tal vez más insólito. Porque el cacique brasileño procede de una tribu sometida por otros conquistadores. Vió la luz del sol en la llanura amazónica. Aprendió a decir *mãe* en portugués. Sólo más tarde, mucho más tarde, sus oídos pudieron sentir la música de otros idiomas y aprendió la lengua de Cervantes cuando su sensibilidad ya estaba afinada por el diapasón del idioma de Camoens.

¿Cómo explicarse el fulminante éxito del escritor que aquí llegó

tropezando con las dificultades que la aduana de las letras españolas opone al ingreso de todos los viajeros—incluso al de los que traen el pasaporte escrito en el idioma—, y meses después veía su nombre repetido y festejado entre los tres mares que abrazan a las tierras de España?

La única respuesta posible está en la presencia de sus libros y en el libro de su presencia.

Vicente Escribá, Premio Nacional de Literatura, atraído por la fuerte originalidad del narrador, llamó la atención del lector español hacia su caso, dándonos a conocer, en cuidada traducción, sus cuentos del mar. «*Son tres cuentos—nos dice—que difícilmente olvidaremos. Tres golpes de mar que rompen contra nuestras almas, dejándonos la blanda caricia de la espuma y el amargo sabor del yodo y del salitre.*» Pérez Bustamante le lleva a la tribuna del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde queda para siempre señalado el ciclo de sus conferencias sobre Camoens y Cervantes. Más tarde, Pedro Rocamora le trae a la tribuna del Ateneo, donde Orico pronuncia su monumental lección sobre la ruta marítima de los *Lusiadas* y los caminos geográficos del *Quijote*.

En los principales periódicos del mundo lanza el profesor Maraón un magistral estudio sobre sus cuentos, incluidos después como prólogo en la edición castellana de los mismos.

Después aparece en los *Cuadernos de Literatura* del Instituto «Gonzalo de Oviedo» su opulenta antología de los «Poetas del Brasil», donde el traductor maravilloso del portugués para el español no hace sino confirmar lo que del traductor del castellano al portugués dijera Emilio Carrere: «*Orico no ha traducido los versos; los ha reflejado como un lago, el cielo y el paisaje.*»

Los puntos de contacto que Maraón señaló entre Unamuno y Orico, y que los condujeron el mismo tema de un cuento que el maestro de Salamanca pensó y no escribió, y que el cacique brasileño concibió y realizó, tiene aquí su confirmación. Ambos, profesores del entusiasmo. Ambos, poetas. Sobre todo, poetas. Escribiendo ensayos, haciendo historia, ocupando la cátedra, irrecusablemente, incorregiblemente poetas.

Y lo más interesante de todo ello es que, ajenos a la poesía, dejando de cultivarla, despreciando la compañera de todos los días, de todas las horas, la poesía se aposta amorosamente junto a ellos, como una sombra fiel, su propia sombra.

¿Quién convencería a Don Miguel de que, antes que todo y por encima de todo, era un poeta, un ser creador? Y a Orico, embriagado por el éxito de sus cuentos, por la radiación de sus ensayos, ¿quién le convencerá también de que su territorio humano es poesía, pura y alta poesía?

La multiplicidad de los dones literarios traídos desde la misma cuna hará olvidar a ambos los momentos en que su pluma celebró en el papel el secreto troglodítico de Altamira, de aquella «España de antes de Adán» y de la maravilla cósmica que hace de Río de Janeiro y de otros puntos del Brasil la imagen del Edén perdido.

En uno y en otro se siente latir el sueño lírico de Campoamor:

Quién pudiera morir donde ha nacido.

Habrà, seguramente, quien encuentre en las páginas humanas de Orico, en la belleza imperecedera de sus ensayos, las razones determinantes del acto de la Real Academia Española de la Lengua, que le franqueó sus puertas esquivas y graves, sentando en el sillón que perteneció a un Emperador al hijo de un herrero de una lejana provincia del Norte del Brasil.

Si tuviésemos voz en ese capítulo, reclamaríamos también para el poeta su parte de inmortalidad. Orico prolonga en las letras contemporáneas el eco de los trovadores bilingües de lengua portuguesa, de ese adorable Gil Vicente, cuyos villancicos tienen un sabor de madrugada, y de aquel elegante don Francisco Manuel de Melo, que manejaba los versos tan bien como el florete.

Hay que darle la razón al primoroso ensayista Octavio Amadeo cuando le vaticinaba: *«Por su corte e inspiración, los poemas de Orico figurarán pronto en todas las antologías de nuestra literatura hispanoamericana.»*

Como si respondiese a la profecía del gran maestro de las le-

tras argentinas, vió la Real Academia de la Lengua que el joyel del indio amazónico no estaba hecho con las fruslerías que engañaban la ingenuidad deslumbrada de sus abuelos, pero sí con auténticas esmeraldas, con aquellas piedras preciosas que portugueses y españoles anduvieron buscando en las tierras vírgenes del Brasil, y que Orico nos trajo ahora, en el crisol luminoso de su obra, transformadas en sonoros y puros versos castellanos.

